

familiar de Pedro Prado: "Estoy pensando, ahora, dónde nos conocimos. / Nada me lo refiere; ni tú ni yo supimos / si fué un fulgor de éxtasis o un verso ya en olvido: / vaivén de la memoria, silencio repetido". El trabajo especulativo debilita su palabra, sus imágenes, al margen del tiempo histórico, como ser ese "fulgor de éxtasis"; pero hay en Zarrilli una melancolía muy rioplatense y la preservación de sus vivencias intemporales. Ciertos matices suyos nos recuerdan el pensamiento hecho poesía de Luisa Luisi, tan poco comprendida por sus compatriotas, incluso por Zum-Felde. He aquí el enlace (habla Zarrilli): "¿Qué hice de mis días, acaso verdaderos? / ¿Siempre fuí el inquilino sin llave de mí mismo? / ¿Quién soy? / ... Mi vida es una carta que recibí hace tiempo, / una carta que infiel yo no abrí todavía. / Así yo fuí la sal, pero en mar repartida; / diluído en los otros / como el alma de un cuarto recién deshabitado". Tal es el delicado aliento que insufla a las palabras Humberto Zarrilli.—Antonio de Undurraga.

<https://doi.org/10.29393/At345-50ECAB10050>

UN ESCRITOR COLOMBIANO: OCTAVIO AMORTEGUI

Entre los poetas colombianos de la actual generación que me ha sido dable conocer por gentileza de la editorial Iqueima, figura en destacado sitio Octavio Amortegui, autor de *Pacios de Luna*, con dos ediciones, una en 1924 y otra en 1949; *Ultramar*, publicado en 1932; *XII Poemas*, en 1943, *Manolete*, en 1949; *Escrito en la arena*, en 1951, todos poemas; y *El Demonio Interior*, cuentos publicados en 1947, y un conjunto de relatos breves en prosa, editado en 1952 con el título de *Estampas de Bruma*. Se trata, como es fácil ver, de un autor que tiene a su haber una nutrida obra realizada con cierta regularidad y constancia a lo largo de los últimos veinte años.

Para juzgar la obra de un poeta en su conjunto es indispensable analizar separadamente sus diversos libros, comprobar su evo-

lución, estudiar las líneas cardinales que la orientan y aquilatar la repercusión lograda en el medio en donde ésta ha sido divulgada: Pero, en esta ocasión, no voy a estudiar la obra de Amortegui en su conjunto; vamos solamente a ver uno de los aspectos de ella, pues fijaremos la atención en un libro; y éste no corresponde a la forma habitual de su producción, aún cuando se encuentre íntimamente ligado a su modo de ser, a su modo de ver los acontecimientos y a su manera de expresarlos.

Estampas de Bruma lleva como subtítulo el de "Relatos de Vagabundos", iniciándose la obra con una acotación que, bajo el título "Los Vagabundos", viene a significar como un prólogo ligero, sazonado con una grata y parca dosis de buen humor, donde está presente el afán de Amortegui por parecer intrascendente, aún cuando en el fondo de cada relato encontremos observaciones profundas y hasta una filosofía de la vida.

"Los Vagabundos" fija, pues, en cierto modo, la pauta a que se ajustarán los diversos relatos. Y, así, dice:

"Por aquellos días los dos amigos, el poeta de solemnidad y el pintor de las nubes de antaño, habían sisado, mondado y hecho a su dignidad grandes descuentos, descendiendo por la escala social hasta los bajos fondos".

"El artista, presa de un hambre atroz, no pudo menos de filosofar (la influencia del hambre sobre la lucidez cerebral es un hecho). Y como pasasen en ese momento sobre un puente esparrancado a tal punto, entre dos suburbios, que más que puente dijérase un salto que hubiese dado la angosta calleja tenebrosa del agua turbia del arroyo, el artista, contemplando los vagabundos que yacían en las márgenes, cara al sol, como náufragos recién rescatados, exclamó con cierta envidia que su orgullo, ya muy deshilachado, velaba mal":

"—Lo malo en la vida no es caer; lo malo es volverse a levantar".

Así en este tono agridulce, con filosofía amarga y expresión ligera ayuna de sentencias trascendentales, Octavio Amortegui en-

trega sus relatos en los cuales luce, además, una prosa ágil, esmaltada de vez en vez, por imágenes gratas, con vocablos precisos que le dan plasticidad a la frase y con un hábito poético sabiamente dosificado.

Son cuarenta relatos cuyos temas varían aún cuando se conserve la unidad determinada por esa pauta ya señalada. "Un vals lento", "El colillero", "Una mujer", "El gran actor", "El viudo", "La niña cursi", "El tullido", "La enemiga", "Hay que vivir", "Don Nadie", "La pierna", "El solterón", "Don Juan", son los títulos de otros tantos relatos. Por ellos se verá cómo son de diversos los temas tratados y cómo Amortegui no desprecia la insignificancia e intrascendencia de algunos, elevándolos de categoría en gracia a su poética prosa y a su peculiar manera de verlos.

En realidad, Amortegui, poeta, mira la vida despojándola del velo falsamente poético que le han colgado las costumbres, la mojigatería y el lugar común. Los personajes estereotipados no son del agrado del autor o, por lo menos, él no se entrega a la corriente vulgaridad de sentir una conmiseración profunda por los inválidos, por ejemplo, sin fijarse en la suma de picardía que éstos ponen para explotar con suculento beneficio su invalidez; o bien, él mira con perfecta lucidez a la prostituta o a la celestina, sin adobarla en una salsa de vicio ni crearle una aureola romántica de ángel caído, sino lisa y llanamente, como profesionistas cuya función desempeñan más o menos honradamente si se ajustan a las reglas del juego en el cual participan, aún cuando otros sectores sociales las repudien.

Pero, si es grato seguir a Amortegui en la presentación de sus tipos dibujados con trazo seguro, naturalmente coloreados y situados en su ambiente lógico, más agradable es, aún, saborear su prosa a veces ingrávida, teñida de sana poesía, especialmente cuando describe. Veamos, por ejemplo, el mercado en la víspera de Navidad:

"Es día de mercado en el barrio nuevo y las vituallas, que ya no caben en los galpones, se derraman por entre los arriates de la plazoleta, invaden los soportales, inundan calles y andenes. La igle-

sia, pequeñita y encalada, es una campesina más que se acurrucó allí, sobre las gradas del atrio, a vigilar sus tendales”.

“Ruedan las esferas de cobre de las naranjas; cuelgan, pesados y torpes como dedos de campesinos, los racimos de los bananos, rutilan las peperolas de las piñas, y los crócalos perfumados de las pomarrosas repican a la luz y a limpio. Sangran los granates del maragay, se ofrecen los corazones de oro del mango, y en el planeta diminuto de la guayaba se pavonea —obrero del tiempo— el único vencedor del mundo: el gusano”.

“Más allá las hortalizas. El libro de buen amor de la col que ilustra el caleidoscopio mirífico del rocío; los rábanos que son las torres del Kremlin de los gnomos, y las calabazas que guardan —pesebreras de aumento azul— las carrozas montadas de Cenicientas. Salta el color como un diablillo travieso y embriaga como un vino espirituoso el perfume”.

Entre los numerosos relatos de diverso corte que integran estas *Estampas de Bruma* hay uno titulado “Don Nadie”, que tiene una conexión, un parentesco muy próximo con ese otro contado por Carlos Pezoa Véliz en su poema “Nada”. Amortegui lo describe así y, al hacerlo, nos narra toda su existencia:

“Nació un lunes por la tarde, sin gritar, sin causar grandes molestias, discretamente y fué creciendo, modesto, humilde, insignificante. Personalidad es resistencia. El que empieza a tener ideas propias comienza a chocar con las ideas de los demás. El no chocaba ni con los hombres ni con la vida. Personalidad no tenía más que para no tenerla, y en cuanto a lo que pudiéramos llamar sus ideas, morían al brotar entre su cráneo aplastado, como mueren las semillas en la orfandad del subterráneo, faltas de luz y de riego”.

“Llegó muy tarde al festín de la vida, y por ello le colocaron en una esquina con la pata de la mesa entre las piernas raquílicas”.

“Tenía unos ojos tiernos y una sonrisa bondadosa. Era el eterno olvidado como si fuese invisible. Los conductores del tranvía y del bus se olvidaban siempre de cobrarle el pasaje. El que ofrecía

cigarrillos le olvidaba también, y si alguien reparaba la omisión, ese alguien se olvidaba de ofrecerle la cerilla”.

“Llamábase Pérez. Adán Pérez; y le decían Rodríguez, González, Gómez”.

“Pasó por el mundo en zapatillas, hasta que un día lo olvidó la vida también, y murió”.

“Le enterraron un domingo de sol, al atardecer. Los cuatro compañeros de oficina que marchaban aburridos detrás del carro se distrajeron en el camino, y cuando menos pensaron estaban, ya muy tarde para reparar el error, afligiéndose ante otro muerto”.

“Y para colmo, cuando llegó el encargado de plantar la cruz, con el nombre y las fechas, no pudo ubicar a Pérez”.

Filosofía un tanto amarga, visión pesimista, pero verdad al fin, como esa otra que pone de manifiesto en “El Manco”, donde dice:

“Le faltaban las manos, pero le sobraba malicia y, en consecuencia, colocábase a la puerta de los bancos, de las oficinas, de los grandes almacenes y de los talleres, a la hora de salida”.

“¿Por qué precisamente a la hora de salida?”

“Muy sencillo: porque las gentes, con tal de abandonar lo más pronto posible el lugar donde las explotan, salen las más de las veces sin hacer pipí y se recrean de antemano soñando en el próximo desahogo”.

“Entonces aparece el hombre sin manos, el hombre que no puede hacer pipí sin ayuda; y, claro, se conmueven y arrojan la limosna”.

“Los hombres la dan al paso, serios y comprensivos. Las mujeres, en cambio, se detienen dos metros más allá, después de la reflexión, y en tanto buscan afeitosas la monedita en el fondo del bolso, una onda de rubor les va tiñendo las mejillas como una llama que subiese del brasero del corazón”.

Pero, en gran número de estos breves poemas en prosa, repunta el romanticismo de Amortegui, aún cuando trate de disimular-

lo con ciertos toques de intrascendencia. Así, le vemos en "El Capitán", cuyo texto voy a citar íntegramente:

"Allí, en una barraca miserable del puerto —gorra blanca, pullover azul y gemelos terciados— envejecía, si es que puede envejecer quien tiene un ensueño incurable, aquel capitán retirado y maltrecho, triste como una sardina tirada en una carretera.

"Amaba el mar y amaba los puertos. Los amaba en los amaneceres empañados, cuando apenas se divisan entre la bruma las grúas y los cobertizos. Cuando las sirenas desplazan el silencio. Esa onda de silencio, que se extiende y desborda sobre las playas del alma. Cuando la roja luz de los semáforos y de las boyas salpica el gris lechoso del horizonte y avanzan los *steamers* empavesados de niebla, cual si fuesen buques fantasmas.

"Amaba el mar y amaba los puertos. Los amaba en las tardes aleladas y en las noches fantásticas. Con sus callejuelas y sus lupanares, con sus tabernas y sus riñas, con sus marinos que parecen niños enormes y sus heteras, que recuerdan la portada de las novelas procaces.

"Amaba las bodegas. Los patios de la carga. Los muelles donde atracan los barcos de vela. Que ya murió la aventura, pero queda el aventurero. Amaba los veleros, porque a veces no vuelven. Porque se demoran mucho en la travesía, y porque, cuando los olvida el viento, se inmovilizan sobre el océano, único lugar del planeta donde aún se puede ser algo libre.

"Los amaba por la arquitectura graciosa de sus velas y porque no exigen traje especial, que en ellos todavía se puede vestir cómodamente, a lo náufrago, y escuchar el acordeón hasta las altas horas, tendido sobre el puente, mientras esa telaraña empapada del cielo nos va enredando sus hilos de oro en el corazón.

"Silencioso, como suelen serlo los hijos del mar, se paseaba inconsolable sobre la arena, o seguía con la ayuda de sus gemelos el paso de alguna cordillera de nubes por el confín.

"Viejos lobos, sabedores de su mal, le decían a veces, conmovidos, estrechándole la mano:

“—Capitán, de tener un barco, se lo daríamos, créalo usted.

“Y eran sinceros.

“¡Ah, partir! —pensaba él— partir... Barcos que van a la gran pesca, entre los témpanos flotantes, a Terranova; o llevan maderas por el estrecho de Magallanes; o contrabando de opio y de seda entre las costas fosforescentes del canal de Suez...

“Partir, partir siempre, y morir un día como se nació otro día. Morir una tarde de sol frente a las costas ingenuas del Brasil; o una mañana de invierno entre los *icebergs* y las islas de pingüinos, allá, en Noruega. Morir y que los compañeros nos arrojen al mar como un fardo averiado; y el ¡chas! del agua al caer el bulto en las ondas, y la alegría de las burbujas, y la corona de espumas, y el olvido que pesará desde entonces sobre nuestra vida como el silencio sobre el mar. Partir...

“El capitán, saturado de yodo y sal, recio como un espigón, comenzaba a envejecer.

“La gente del puerto, que no supo nunca de dónde viniera, le quería y respetaba, y jamás escudriñó su secreto. Pero una noche, en la barraca, al amor de un buen fuego, mientras se remendaban redes y se freía el pargo rojo, y se bebía un vinillo no nada cuerdo, le preguntó algún patrón:

“—Díganos, capitán, ¿cuál fué el último barco que manejó?

“—¿Yo? ¿Yo barco? ¡Si jamás he navegado!

“—Pero, ¿no es usted capitán?

“—Sí. Capitán de ingenieros, especializado en batería de montaña.

“—¡Oh, capitán!”

Así es *Estampas de Bruma*, obra de un poeta cabal y de un observador fiel de la vida que sabe manejar el lenguaje con agilidad y colorido. Es un poeta bogotano que merece una mayor difusión en nuestro medio donde tan profundo desconocimiento existe para con los escritos de otras tierras.—*Agustín Billa Garrido*.